Prólogo

Por Mempo Giardinelli[1]

En 1987 publiqué en la revista *Puro Cuento* «Tiempo de sequía», impactante relato de Clementina Rosa Quenel. Entonces no conocía su obra, y creo recordar que la sugerencia fue del escritor, poeta y periodista Julio Carreras (h), quien por entonces había salido de las cárceles de la dictadura y vivía en la ciudad de Fernández, en el centro mismo de la provincia de Santiago del Estero. Él sí conocía la obra de Quenel, su comprovinciana.

Ese cuento lo publicamos en el número 10 de la revista, en página 40 y sucesivas, y constaba de un pequeño introito firmado por Carreras en el que trazaba una sinté-

1 Mempo Giardinelli es escritor y periodista. Nació y vive en Resistencia. Exiliado en México durante la dictadura, a su regreso fundó y dirigió la revista *Puro Cuento*. Su obra se tradujo a veintiséis idiomas, y recibió importantes galardones, entre ellos el Premio Rómulo Gallegos 1993 y otros en Italia, México, España y Chile. Ha publicado artículos y cuentos en diversos países, y es columnista de los diarios *Página/12* y *The Buenos Aires Herald*.
Es autor de varias novelas, entre ellas *Luna caliente*, *La revolución en bicicleta*, *Santo Oficio de la Memoria*, y *Visitas después de hora*. Las más recientes son *¿Por qué prohibieron el circo?* y *La última felicidad de Bruno Fólner*. También escribió libros de cuentos entre los que se destacan *Vidas ejemplares, Estación Coghlan* y *Luminoso amarillo,* y ensayos como *Así se escribe un cuento* y *El género negro*. Es además autor de literatura para niños.
Enseñó en la Universidad Iberoamericana (México), la Universidad Nacional de La Plata (Argentina) y la Universidad de Virginia (Estados Unidos). Es Doctor Honoris Causa por la Universidad de Poitiers (Francia) y por la Universidad del Norte (Paraguay).
Fundó y preside una fundación dedicada al fomento de la lectura y la literatura.

EDUVIM

tica biografía de esta escritora notable, nacida en 1901 en Vilmer, localidad del oeste santiagueño. Descendiente de un veterano de la Guerra Franco-Prusiana de 1870-71 que marcó la caída de Napoleón III en Francia y la creación del Imperio alemán (potencias que décadas más tarde volverían a enfrentarse en la Primera Guerra Mundial), este hombre, de apellido Quainelle, se radicó en la provincia más central de la Argentina circa 1890 y entre su descendencia se contó Clementina Rosa, quien años más tarde castellanizó su apellido como Quenel.

Clementina (CRQ) estudió Derecho sin llegar a graduarse, y pasó varios años en Buenos Aires, donde aparecieron algunos de sus primeros cuentos en revistas muy populares como *El Hogar, Mundo Argentino* y otras. Decidida a una vida consagrada a la literatura, más de una vez padeció problemas económicos, y quizás por eso regresó a su provincia en los años 30. Y fue entonces cuando se impactó con el paisaje humano de la tierra donde había nacido: el temperamento fatalista de sus habitantes, más el calor, la sequía y la aridez de una geografía que ya estaba siendo devastada por la voracidad maderera que ha hecho de Santiago del Estero hoy más un desierto que el territorio boscoso que alguna vez fue, resultaron estimulantes para su sensibilidad y devinieron materia central de sus relatos.

No soy experto en Quenel, pero releyéndola siento otra vez, como suele ser frecuente en la literatura, que algunas relevantes personalidades son capaces de opacar la grandeza de su propia obra. Y es que a mí el personaje que fue Clementina me resulta tan interesante como su producción, o al menos la porción que conozco de su vasta obra creativa. En particular los dos libros de que consta este volumen: por un lado los diez cuentos de *La luna negra*, libro publicado por primera vez en 1945 por la Editorial Cervantes de San Miguel de Tucumán, y reeditado en 1952 por la misma casa; y por el otro la novela *El bosque tumbado*,

EDUVIM

galardonada en 1951 con el Premio Nacional de Literatura (período 1948-1950) y obra que permaneció absurdamente inédita hasta que fue publicada en 1981 (poco después de la muerte de Clementina en 1980) gracias al empeño del Ateneo Cultural fundado con su nombre en la capital santiagueña.

En los cuentos de *La luna negra*, que fueron los que de hecho consagraron a Quenel como una de las voces narrativas más originales de la Argentina profunda, se tiene la sensación de estar ante ella, la autora. Quizás porque narra como si hablara, y en este caso se trata de una poeta que observa y sublima, y que subraya virtuosamente lo que Vladimir Nabokov en su *Curso de literatura rusa* llamaba los «preciosos detalles».

En parte por el anclaje temático costumbrista que hilvana y organiza al conjunto, Quenel compuso cuentos en los que la marginalidad y la soledad, la resignación y la tristeza del campesinado santiagueño impregnan todas las tramas. Resultan entonces relatos de fuerte y definido sentido lírico y con atisbos de lo que años más tarde la teoría literaria llamaría «realismo mágico». Prácticamente no hay esperanzas en los personajes quenelianos, apenas algún sueño que la realidad desmentirá, o algún amor contrariado, y en casi todos los casos alguna agonía trágica.

Es consecuencia inevitable, entonces, que quien lea estos relatos se detenga a contemplar el protagonismo del paisaje yermo y a la vez la forma poética sublimante que caracteriza la prosa de esta autora. Como sucede en «La creciente», por caso, donde Pancho Leiva, «inmóvil junto a la puerta de su rancho (…) miró la noche. Clarita y translúcida era. Cargada de estrellas, con una luna dorada y un resplandor que ardía en las pupilas. Ni un varillazo de viento estremecía los árboles o sunchales ribereños, y del poleo en flor se desparramaba como un frasco de perfume».

EDUVIM

Lo mismo sucede en múltiples, sorprendentes y hasta adorables símiles poéticos que en Quenel resultan de una naturalidad asombrosa: «Los ojazos de la muchacha, casi cerrados de puro pestañudos, enderezaron hacia el corral de palo a pique, que cincuenta metros más allá se techaba aprovechando un copudo algarrobo de ramas largas como dedos en caricia». Y en otros como este de «Tiempo de sequía»: «… su madre, todavía fornida, de espaldas derechas, se afanaba con las cabras –un pobre puñadito ético de balidos tristes y paletas sumidas– que después del deambular inútil en busca de verde, volvían al corral más hambrientas aún».

En la prosa de CRQ hay un estilo advertible y evidente, seguramente producto de haber sido también poeta y dramaturga, el cual atinadamente definió Luis Alén Lescano como «nuevo, breve y cortante, de frases rotundas, y temas desconcertantes».

Y también es un estilo en el que llama la atención la precisión coloquial en el habla de los «turcos» que constituyeron la flamante burguesía santiagueña del siglo xx, de origen sirio o libanés. En «María de los Santos», por caso, obsérvese este diálogo:

> –¿No boede caminar entonces…?
> –No, po… don Elías. Me duele muy mucho…
> –Dejame ver el bie… aséntate aquicito.

Es muy interesante la intertextualidad coloquial tejida por Quenel, que reprodujo con cuidado y precisión los modos dialogales del indigenismo literario de su época (recordemos que su obra es contemporánea de la de Jorge Icaza, José María Arguedas, Ciro Alegría y José Eustasio Rivera, por decir algunos, así como de otro santiagueño y su contemporáneo: Jorge W. Ábalos, cuya novela *Shunko* fue un clásico libro de lectura del sistema escolar argentino hasta hace un par de generaciones), pero a la vez subra-

EDUVIM

yando la riqueza lexical del cruce de criollos con «turcos» inmigrados, que en sus cuentos dicen, por ejemplo, «Bobre zonzu» o «núes lo mismo».

Así Quenel narra, como presencia simbólica, el aquerenciamiento de Don Abub Elías, que construye familia en Suncho Corral:

> Verdad que las mujeres de su patria eran hermosas y tenían la piel blanca, de carne de magnolias. Mas la hija de la tierra de adopción tenía la piel de canela y dorada a besos de sol, y unos ojos zarcos que valían estrellas. Había amado a la María de los Santos Carrizo desde la primera vez que se arrimó a su rancho, ofreciendo lienzos y baratijas. Ella se le apareció, humilde y dulce, pulcra y donosa y como flor del aire, toda ella. Ya la habló «presumiéndola». Al tiempo, soñó con hacerla su mujer, porque frecuentando el rancho para cambalachar sus puntillas y zarazas por las alforjas y mantas que tejían doña Fausta y la María de los Santos, la conoció guardada y alegre. Descubrió con gusto que era cantora como los pájaros del monte. Diferente a las otras. Porque la santiagueña ha de perpetuarse en un medallón, donde la risa es parca, y el canto no obra.

Todos los cuentos de *La luna negra* narran un mundo que hoy podemos leer como literatura fantástica, aunque en su gesta hayan querido ser regionalistas o costumbristas. Peculiaridad notable de esta autora, me parece, pues subraya una vez más que la buena literatura, la gran literatura, es fantástica en sí misma y lo es siempre. Claro que los relatos de Quenel, y acaso por eso mismo, leídos en estos tiempos de vértigos y ligerezas pueden resultar algo ripiosos. Y es que ella fue la clase de escritora que se detiene en detalles y trabaja, se diría, burilando sus propias morosidades.

EDUVIM

Lo que se evidencia, además, en ciertas economías que dan lustre a la vocación de esta autora por narrar con abundancia de diálogos y desde una irreprimible intención socio-antropológica. El resultado es una prosa compleja, tanto por su sintaxis dialectal como por la reiterada introducción de vocablos y expresiones de la lengua quechua, que asociados a giros y formas de pronunciación típicas del campo añaden una cierta aridez a la lectura. Lo que es una pena, ciertamente, porque le otorga a ciertos tramos una complejidad inconveniente para estos tiempos de prisas, ligereza y pésima preparación educativa en las nuevas generaciones.

En el cuento titulado «Enflorecida» luce también aquel decir poético al servicio de la pintura rural de una geografía que setenta años después ya no existe: «La mañana, recién oreada, ramea los pulmones con su olor apuñado de poleo. Clarito amarillea el sol sobre los quebrachales que más allá de la casa de Don Cruz se aprietan montunos. Se ven las copas altas, de matiz verde polvoriento, como testas translúcidas, y dan ganas de tocar el milagro».

En la Santiago del Estero actual –duele confesarlo– ya casi no hay quebrachos ni bosques y todo es llanura sojera, aridez, salinas y una indigna miseria en los poblados.

Es remarcable la conciencia ecológica de esta escritora, a quien hoy se podría definir como ambientalista. El tema mismo de su novela *El bosque tumbado* es la tala feroz de los otrora preciosos bosques del Chaco Santiagueño. No por espíritu de denuncia, pienso ahora, sino por pura sensibilidad porque era en ese ambiente implacablemente arrasado donde sus personajes padecían y sobrevivían. No dudo de que es por eso que en los textos quenelianos son protagónicos el bosque, el árbol y la creciente desolación del paisaje que hoy mismo cualquiera que cruce esa provincia puede registrar sin esfuerzo. Pocos territorios de la Argentina han sido tan ferozmente devastados, y yo diría

EDUVIM

asesinados, como el santiagueño, que no casualmente es el corazón geográfico de este país.

También por esa conciencia en sus relatos hay una posición ética sostenida, y esa, se sabe, es siempre una virtud atemporal. Es señalable esa otra peculiaridad en la escritura de Quenel: el señalamiento moral, o de moraleja anticipada, mediante el uso de puntos suspensivos que definen los títulos de sus cuentos. Por ejemplo: «La espera… y los campos se despueblan». O en el sobrecogedor cuento que da título al libro y que es la historia trágica de una muchachita de doce años abandonada por su madre: «*La luna negra*… miró su pequeñez, de tórax estrecho y piernas endebles».

Al menos mi lectura de estos cuentos reconoce la pasión de Quenel por subrayar tales cualidades, y por eso su prosa está teñida de un dolor adicional, porque es más que conjeturable que han desaparecido los viejos respetos por las formalidades clásicas, los poéticos enamoramientos y las relaciones basadas en pausa y galanura, cualidades que definen también la prosa de CRQ y que seguramente suma a la inevitable tristeza que produce leer estos cuentos en este tercer milenio en el que prisas, liviandades y groserías caracterizan la vacua prosa menor que impera en los dispositivos electrónicos.

Clementina Rosa Quenel trajinó todos los géneros, como suele suceder con los escritores/as que yo llamo ontológicos, o constitucionales, es decir aquellos que no podían haber sido otra cosa; aquellos cuya respiración misma es la literatura. Por eso la producción queneliana abarcó la novela, el cuento, el teatro, la poesía, la música inclusive. Por eso, si hay que decir en pocas palabras cuáles fueron los mundos de Clementina, pues básicamente señalo cuatro: la geografía y el arrasamiento del monte; la recuperación lexical y onomatopéyica de sus habitantes, seres solitarios y aislados; los sentimientos y en particular el amor como

EDUVIM

tema central; la condición femenina. Y en todos, claro, el dolor y la frustración ante un destino que siempre es imbatible, inmodificable. Como sucede con Lucila, en «La luna negra», que tras el abandono materno naufraga en la desolación del bosque y de su mente obnubilada.

En cuanto a la novela *El bosque tumbado*, consta de dieciséis capítulos que pueden leerse en la misma clave narrativa. Son de hecho dieciséis cuentos, trazados y recorridos por un hilo conductor: la vida de un patrón y sus herederos como metáfora de riquezas y miserias en una tierra donde falta el agua como bendición. Porque «se pocea mal y poco en Santiago», como dice José Cruz, quien luego sentencia: «Hay que buscar agua, como quien busca a Dios».

Puede afirmarse que esta novela es también un conjunto armónico de relatos. La armazón de la historia se basa en los temas quenelianos ya apuntados: los árboles, los bosques y los campos, ora verdes, ora resecos, donde «el "Patrón Bauti" llegó a contar la plata en tinajones barrigudos».

Más allá de la renovada prosa poética, los giros idiomáticos y el tratamiento de esos caracteres típicamente santiagueños, el tono costumbrista reluce nuevamente y hay, se diría, una especie de continuidad formal entre los cuentos de *La luna negra* y esta novela, aunque en ésta el trabajo de recuperación de modismos y la abundancia de arcaísmos es extraordinario. Por ejemplo:

> Su mama madrina es Ña Santo Juárez. Mañana a mañana, al despertarse, hinca en la bendición:
> –Bendicionta ckoai madrina. (La bendición madrina).
> –Dios buenota ruasuchuj. (Dios lo haga bueno).

Y en el final de la novela, otra vez, el tono fantástico en una alusión fuerte y explícita a la Argentina de aquellas décadas: cuando aparece el ánima de Bautista Ávila, iniciador de la historia, desde el caballo sentencia: «Al político

EDUVIM

ese, al que se vino de la ciudad queriendo empalagarme, yo le dije: "vea mi amigo, la mejor política es esta que yo hago, arrear vacas y sembrar… Esto es lo más grande p'al país, lo démas es pura chala i choclo. Ternero que nace y mazorca que se cumple es como hijo nacío pa bien…"».

Y si el amor, como ya se dijo aquí, es preponderante en la creación queneliana, en *El bosque tumbado* esto queda claro: la novela narra el amor entre Dolores y Bautista del siguiente modo:

> Fue un vértigo que apartó a Bautista Ávila de ranchos y mujeres. Pero Dolores Albarracín no embarazó en seguida. Al tiempo, el anuncio de su primer hijo acalló los pequeños temores. Continuaba amándola con prisa y raro desborde. Como si la Dolores estuviera en su carne, en la tierra que pisaba, en el aire que olía, en la selva que alucinaba. Y fue a su término un hermoso niño moreno, que avivó el amor y que llamaron José Cruz.

También dramaturga, en la obra de Clementina Rosa Quenel se destacan sus piezas *La Telesita* y *El retablo de la gobernadora*, la primera de ellas una leyenda clásica santiagueña del siglo XIX (según la cual la joven Telésfora Santillán, o Castillo, murió quemada y devino «alma en pena» milagrosa si se le reza y se bailan chacareras hasta no poder más). Un mundo de verdadero realismo mágico, obviamente, prefigurado en mitologías que CRQ conocía muy bien y supo trajinar literariamente.

No me resisto a terminar esta introducción sin reproducir dos de sus poemas, porque no solo la definen poeta sino que explican y muestran la esencia de su prosa.

EDUVIM

Algo de ti está en la noche

Algo de ti está en la noche, labriego.
Y sin embargo, duermen los surcos.
Ya no perteneces a la noche ni a la senda.
Caes por las hojas del otoño
como los besos tristes que se llevan el olor del estío.
Está olvidándote el descanso de la reja.
El oeste ha visto pasar los leñadores en el rumbo de sus bosques lejanos
y tus dedos ya no tienen caricias de agua.
Ya sé que tu arado está muerto
brotando verbenas en algún poniente extinto
yo sé que en tus trojes ha callado la tarde
y la siesta en tus barbechos solo inventa el recuerdo.
Y sin embargo, algo de tu modo silvestre tiene el aire,
labriego muerto.

EDUVIM

Mi patria lejos
(A mi madre *in memoriam*)

Parecía más alta
Entre las flores, esa noche.
Era como si fuera mi patria
Lejos.
Qué amapola azul,
qué buey más celeste
con ella,
en las pupilas!
Qué epístolas de herreros
en la verja,
qué solo todo!
Y qué frío el aire
de esa alba,
con las glicinas galopando
al sur de su piel!
Apagamos la lámpara
la novena noche.
¿Cómo detener la tarde?
Pienso ahora
en el paisaje.
En algún ángel suelto
entre los trigos y la ropa.
En dos goteras
de la casa.
Y me acuesto tarde,
con esta tristeza.
Y ella
en el espacio. Lejos.
Patria.

EDUVIM

Ojalá este esfuerzo editorial sirva para consagrar, aunque a destiempo, a una de las más notables escritoras de la Argentina del siglo xx.

Mempo Giardinelli
Resistencia, Chaco, diciembre de 2015

EDUVIM